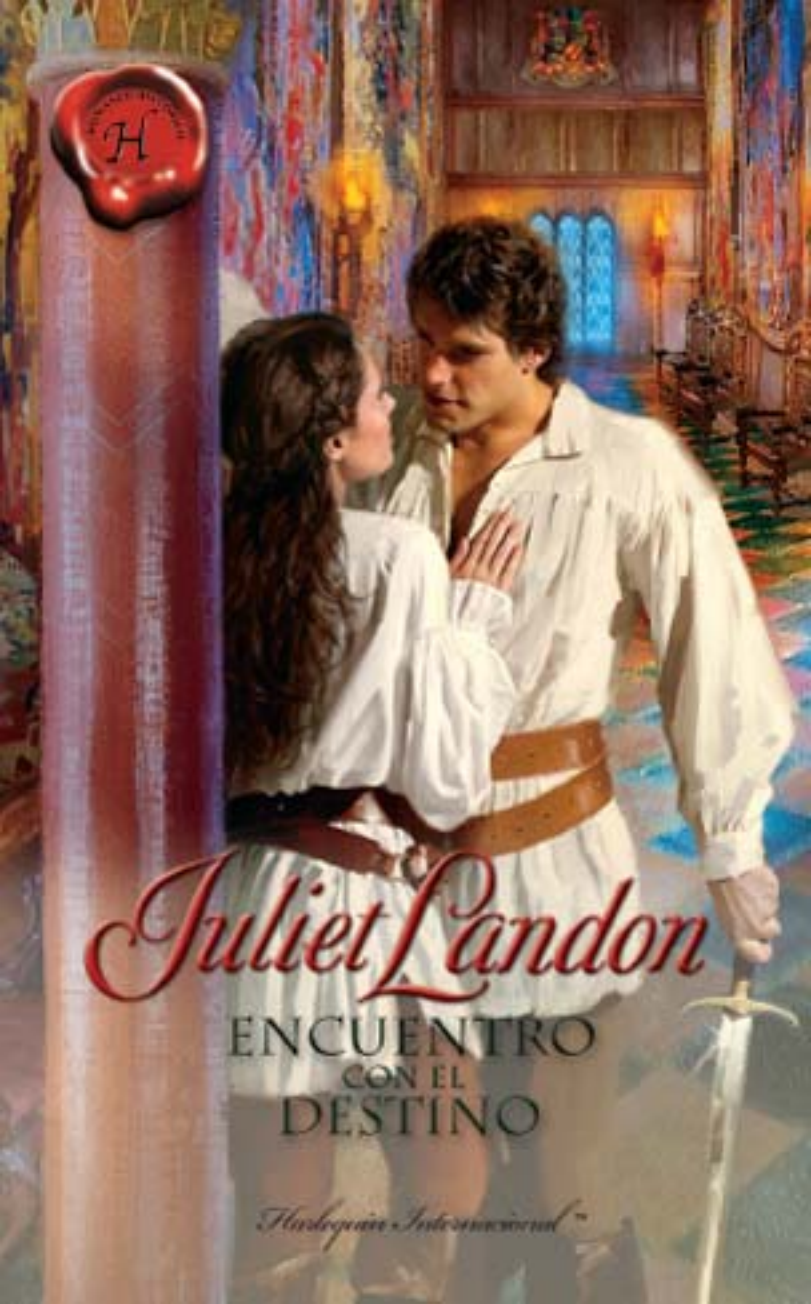

Juliet Landon
ENCUENTRO CON EL DESTINO
Harlequin Internacional

Uno

Nicola se echó la trenza sobre el hombro, levantó la espada y se giró para encarar a su rival con una sonrisa arrebatadora.

—¿Listo? —preguntó dulcemente. El joven había cometido una imprudencia al decir que Nicola no sabía nada de la esgrima italiana, sin imaginarse que ella lo retaría a un duelo con un par de espadas roperas que había estado usando durante años—. ¿Qué tengo que hacer con esto? —preguntó en tono inocente.

El joven sonrió.

—Lo mejor que sepa hacer, milady —respondió.

—En ese caso, ¿no sería mejor que quitáramos estos ridículos botones de las puntas?

La sonrisa se esfumó al instante.

—No es algo habitual en los entrenamientos…

—Oh, vamos a salirnos de lo habitual, para variar.

—¿Está segura, milady?

—Completamente. Así… ya está. Y ahora, ¡en guardia! ¿No es eso lo que dicen?

Aquel joven había sido un incordio durante semanas. Era hora de librarse de él. No podía ser mayor que ella, que sólo tenía veinticuatro años.

Era evidente que no se sentía nada seguro tirando con espadas desprotegidas, ya que adoptó una actitud defensiva, extremadamente cauto y desconcertado por el dominio que mostraba Nicola con el arma. Sólo los aristócratas se tomaban en serio aquel estilo de esgrima, y casi todos ellos habían aprendido en Francia, Alemania o Italia. Muy pocos lo habían hecho en Inglaterra. Y, desde luego, ninguna mujer.

Nicola, sin embargo, había practicado la esgrima con sus cuatro hermanos desde que tuvo edad suficiente para ponerse en pie. Era una joven ágil y decidida que, desde muy joven, había aprendido a valerse sola en un ambiente masculino. En una casa llena de hombres no había espacio para una mujer melindrosa y cobarde.

Sorprendido por el veloz ataque de Nicola, el joven tardó un segundo más de lo necesario en defenderse y su espada salió volando por el aire para caer en el suelo de baldosas. El comienzo no podía ser más humillante.

—Oh, vaya… —dijo Nicola—. ¿Quiere intentarlo de nuevo?

—Parece que tiene algo de práctica —dijo él en tono acusatorio, recogiendo la espada—. Podría habérmelo dicho.

—Se lo dije anoche —le recordó ella—. Pero no me creyó. ¡En guardia!

El joven inició el segundo asalto con más determinación, pero con una pesada carga sobre los hombros. ¿Cómo era posible que aquella mujer tan hermosa con la que los caballeros sólo podían soñar pudiera derrotarlo en un deporte de hombres? Su falta de concentración le costó muy cara, y pronto se vio obligado a retroceder ante un ataque fulminante.

Por segunda vez su espada salió volando y cayó a los pies de un hombre alto y de anchos hombros que estaba en la puerta. El hombre miró al joven espadachín con expresión compasiva y puso una de sus altas botas sobre la larga hoja de la espada, sacudiendo la cabeza.

Sin decir palabra, el joven hizo una forzada reverencia y salió del salón, cerrando la puerta tras él.

La punta de la espada de Nicola había tocado el suelo antes de que ella se diera cuenta de que aquel intruso no era exactamente un desconocido, y que el lento escrutinio al que la sometió de la cabeza a los pies era exactamente igual a como lo recordaba de su primer encuentro, cuando Nicola no había sido más que una cría de once años y él un joven

engreído de dieciséis que no se había esforzado lo más mínimo por hacerse querer. Más bien al contrario; Nicola recordaba muy bien su brutal grosería, a pesar de estar protegida por sus hermanos.

Él se apartó de la puerta, se despojó de su chaleco de terciopelo como si fuera una segunda piel y lo dejó caer al suelo. Agarró la espada y se colocó en el círculo de luz que entraba por la ventana. Sus ojos seguían fijos en Nicola, pero su expresión no delataba la menor sorpresa por el cambio que se había producido en ella.

—Vamos —dijo en tono sereno, describiendo círculos con la punta—. Yo tampoco uso protección. Ni siquiera en los entrenamientos.

En los años que habían pasado sin verse su voz se había hecho más grave y profunda, perdiendo el tono vacilante con acento escocés. Pero su invitación había sonado más parecida a una orden, como siempre había sido su estilo. La familia de Nicola era de rancio abolengo y podía rivalizar con cualquier familia de Inglaterra, pero la riqueza de aquel hombre le hacía creerse superior a todos los demás.

Bien, pues ella iba a demostrarle lo equivocado que estaba…

Su respuesta fue extender el brazo y tocar la punta de su espada con la suya, clavando la intensa mirada de sus ojos marrones en sus ojos grises, aunque en el fondo sabía que aquel rival no era

un pelele como el anterior. Para empezar, era cinco años mayor que ella. Nicola era muy alta para ser mujer, pero sir Fergus Melrose era aún más alto y tenía un físico fuerte y poderoso, curtido por la brisa marina y los viajes por el mundo. Sus muñecas tenían el doble de grosor que las de Nicola, y su cuerpo ágil y musculoso había sido entrenado en las artes de la guerra.

Nicola iba vestida con pantalones de piel de ciervo, una camisa y un chaleco corto y acolchado. Un atuendo apropiado para aceptar el desafío que el joven le había lanzado durante la cena del día anterior, y aunque no se había parado a pensar en que estaba tan atractiva como con su mejor vestido, tampoco se había percatado del elemento andrógino que la rodeaba y que cualquier hombre encontraría desconcertante. Su espesa melena oscura seguía recogida en una trenza, pero nadie podría confundirla con un chico. Su chaleco se abría con cada movimiento, y sus redondeadas caderas llenaban los pantalones como no podrían hacerlo las piernas de ningún hombre.

Sir Fergus llevaba arremangada su camisa de lino, y se tiró del cordón del cuello para abrir la pechera. Era un truco que los hermanos de Nicola habían usado muchas veces para intentar distraerla, por lo que no se dejó engañar. Y aunque no intentó ganar ventaja en los movimientos iniciales, tampoco le permitió romper sus defensas.

Al igual que ella, él también se contuvo, confiando en arrastrarla a una falsa sensación de seguridad. Ella conocía bien aquella treta y no mordió el anzuelo. Pero muy pronto empezó a cansarse, a medida que la presión de su oponente se hacía más y más intensa. El sudor le empañaba la vista y hacía que la camisa se le pegara al pecho. Sir Fergus manejaba la espada con una destreza muy superior a la suya, y hacía gala de una condición física extraordinaria. En vez de anticiparse a su próximo movimiento, como habría hecho con cualquier otro rival, Nicola no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo resistiría hasta que su espada saliera volando por los aires.

Tras un vigoroso intercambio de estocadas, bajó la punta y entonces él la sorprendió al cambiarse la espada de mano e incitándola a continuar, como si quisiera demostrarle que podía vencerla incluso con la mano izquierda. Nicola se quedó tan desconcertada por la provocación que no tuvo tiempo para intentar alcanzarlo o para borrar la sonrisa paternal que se había formado en su rostro.

Jadeando y con los músculos doloridos, acabó por cometer un error y sintió la punzada de la espada bajo el chaleco, desgarrando la fina tela de la camisa. Dio un salto hacia atrás, dejando caer la espada, y se llevó una mano al pecho mientras intentaba protegerse con la otra. Pero él fue demasiado rápido y la aprisionó contra la pared, inmo-

vilizándola con su cuerpo y con el rostro tan cerca que ella pudo ver el brillo de sus ojos grises, a los que tanto había admirado y temido de niña.

—Bueno —dijo él, viendo cómo una cascada de pelo oscuro caía sobre el rostro de Nicola—, parece que algunas cosas han mejorado, pero no el genio. Tendrás que aprender a dominarlo, milady, si quieres jugar a cosas de hombres.

Ella lo fulminó con una de odio visceral, pero su voz delató su agitación e impotencia.

—¿Con qué derecho te presentas en mi casa sin invitación? ¿Y cómo sabes lo que ha cambiado y lo que no? —jadeó a través de una cortina de pelo sedoso—. Mi genio no es asunto tuyo. ¡Apártate de mí! —lo empujó con fuerza, pero él era tan sólido como una pared de piedra. En vez de ceder, le retiró la mano del pecho y le giró la palma hacia arriba para revelar una mancha de sangre.

Rápidamente se echó hacia atrás y examinó el corte vertical en la camisa. Una mancha roja rezumaba a través del tejido. Nicola supo entonces que no había sido su intención herirla. Le había pasado igual que cuando era niña e intentaba emular a sus hermanos, ocultándole a Fergus las heridas sufridas… especialmente en su orgullo.

Sus respectivos padres, que habían sido amigos durante muchos años, los habían prometido como futuros marido y mujer, pero ¿cómo podía un marimacho de once años comprender o acep-

tar todo lo que significaba un compromiso semejante? ¿Y qué chico de dieciséis años no estaría más interesado en los hermanos de la chica que en ella misma? Fergus no se había molestado en disimular que tenía otras cosas en la cabeza aparte de las promesas de sus padres.

Nicola intentó apartarse, pero sus piernas ya habían empezado a temblarle por el cansancio y estuvo a punto de desplomarse. Él la agarró rápidamente bajo las rodillas y la levantó en sus brazos. Nicola vio cómo la ventana giraba sobre su cabeza, pero entonces sintió otra punzada de dolor, acompañada por un arrebato de furia.

—¡Suéltame! ¡Suéltame he dicho, maldito idiota! No te necesito para nada. Mi criado…

Pero él no cedió un ápice y a Nicola no le quedó más remedio que soportar la humillación de ser transportada a lo largo del pasillo y por una estrecha escalera. Finalmente, Fergus la dejó en la cama de Nicola, aprisionándola con sus brazos para impedir que se apartara, e ignorando las protestas y los reproches. Su rostro estaba oculto por las sombras, por lo que Nicola no podía ver si la expresión de sus ojos era de sincera preocupación o de otra cosa. Pero las dudas sobre sus intenciones quedaron disipadas cuando él le agarró las muñecas con una sola mano y las presionó sobre su cabeza. Nicola no podía moverse y el pecho le escocía horriblemente.

—¡No! —jadeó con una voz casi inaudible—. ¡No… por favor!

—Calla, niña —le ordenó sir Fergus—. Tengo que ver la herida que te he hecho, y no creo que quieras enseñármelo voluntariamente, ¿me equivoco?

—No tienes que ver nada. Ni siquiera eres bien recibido aquí. ¿Quién te ha invitado?

—Tu hermano George. He llegado temprano, y como futuro esposo tengo derecho a examinar la mercancía antes de adquirirla. No te muevas.

Mientras hablaba le apartó el chaleco y la camisa ensangrentada, mostrando el pecho derecho en toda su plenitud. Una línea roja cruzaba la piel sobre la curva interior. La sangre había empezado a coagular, como si una sarta de rubíes se hubiera depositado sobre ella.

Enmudecida por el pánico, Nicola lo miró a los ojos con la vana esperanza de ver un atisbo de arrepentimiento. Pero lo que vio no fue al joven odioso de sus recuerdos, sino a un hombre adulto e insensible a todo remordimiento, cuya arrogancia excedía todo lo que Nicola había visto en sus pretendientes. Ninguno de ellos se habría atrevido a tomarse una libertad semejante.

Su aspecto había mejorado mucho en los últimos doce años. Sus rasgos estaban más definidos y esculpidos bajo la piel bronceada, y una barba incipiente oscurecía su recia mandíbula. Su pelo

corto y negro formaba un pico en la frente, y una pálida cicatriz le rozaba una de las cejas. Llevaba un pendiente dorado en una oreja y desprendía un olor a leña quemada y aire fresco.

Él chasqueó con la lengua mientras le examinaba la herida.

—Sólo es un rasguño —dijo—. Supongo que aún podrás ser mía, con cicatriz y todo.

—¡Eso ni lo sueñes! —espetó ella—. No sería tuya ni aunque fueras el último hombre de Inglaterra. Y ahora lárgate de aquí. Ésta es mi casa. ¡Fuera!

—Por suerte, yo soy de Escocia —repuso él, sin molestarse en volver a cubrirle el pecho.

Como si se estuviera anticipando a su ataque, se separó con mucho cuidado de ella y retrocedió de espaldas hasta la puerta, justo cuando entraban las dos doncellas de Nicola, alertadas por las voces.

Afortunadamente, llegaron demasiado tarde para ver cómo Nicola se levantaba de la cama y se protegía con la camisa. Pero un examen más atento mostró las lágrimas que asomaban en los ojos de su ama, y que sólo sus espesas pestañas negras impedían que resbalaran por sus mejillas. Y entonces vieron la sangre, lo que obligó a Nicola a buscar una rápida excusa, a pesar de que estaba a punto de desmayarse.

Pero las dos doncellas podían reconocer una

herida de espada, y sólo ellas supieron lo que había pasado aquella mañana de mediados de junio de 1473 en casa de lady Nicola Coldyngham, en la calle Bishop's Gate de Londres.

Tras una ausencia de doce años, aquélla no era la mejor manera para sir Fergus Melrose de presentarse otra vez ante lady Nicola, aunque ejemplificaba a la perfección los breves encuentros que habían mantenido en el pasado, cuando era ella la que inevitablemente acudía a buscarlo. Había sido un incordio por aquel entonces, una chica desaliñada, bulliciosa y descarada con una boca demasiado grande y unos ojos que recordaban a los de un diablillo. Ahora, sin embargo, su rostro había adquirido las proporciones perfectas, y su barbilla puntiaguda y traviesa era lo más encantador que Fergus había visto en su vida. Pero sus ojos… esos ojos. Le había costado un enorme esfuerzo concentrarse en el duelo mientras aquellos ojos de largas pestañas oscuras despedían llamas de odio y rivalidad. Unos ojos en los que Fergus podría haberse ahogado. Unos ojos llenos de pasión y también de miedo, emociones que Fergus había visto a menudo cuando Nicola intentaba estar a la altura de sus amados hermanos. Incluso a sus dieciséis años Fergus había sido consciente de los problemas, pues Nicola era el resultado de la unión de lord

Coldyngham con su tercera esposa, quien había renunciado a los cuidados maternales después de haber tenido a Patrick. Al verse desprovista del cariño materno, Nicola había luchado contra aquella carencia del único modo que podía hacerlo una niña de tres años: convirtiéndose en uno de los chicos. Fergus se había quedado sorprendido y al mismo tiempo aliviado al ver que aquella estrategia no había causado daños permanentes, aunque parecía que las huellas del trauma no se habían borrado del todo.

Volvió al gran salón, bastante menos ostentoso que el salón de la casa solariega en Wiltshire, con sus grandes vitrales representando los escudos de armas de la familia Coldyngham. La familia de Fergus era conocida y respetada, pero sólo cuatro generaciones habían adquirido una riqueza considerable, gracias al talento innato para los negocios que compartían los hermanos Melrose. Fergus se había decidido por fin a cumplir la promesa que le había hecho el año anterior a su padre, justo antes de su muerte. El hermano mayor de Nicola, lord Coldyngham, le había asegurado que lo recibiría allí, y Fergus estaba seguro de que Nicola no le diría a su hermano cómo había perdido un duelo. Era una mujer que nunca había apelado a la compasión ajena.

«No te necesito para nada», le había dicho. «¿Cómo sabes tú lo que ha cambiado y lo que

no?». Volvió a sentir el ligero peso de su cuerpo en los brazos y a ver el fruto prohibido de su pecho herido… la imagen más arrebatadoramente hermosa y conmovedora que recordaba haber visto. Después de doce años era lógico que el cuerpo de Nicola hubiese cambiado, pero Fergus jamás se hubiera imaginado que aquella chica despeinada y bravucona pudiera convertirse en una mujer tan fascinante y apasionada, capaz de aceptar su desafío para un combate de esgrima.

El afán competitivo y el esfuerzo físico que habían caracterizado su particular infancia le habían otorgado una figura ágil y esbelta, pero una vulnerabilidad sobrecogedora acompañaba esas curvas tan deliciosas, que Fergus nunca se habría esperado con dieciséis años. Le había costado un enorme esfuerzo ignorar el encanto femenino de su rival durante el duelo, la sensualidad de sus movimientos, la elegancia de sus pasos, la forma en que la camisa de lino se ceñía a sus pechos… Fergus había prolongado el duelo cuando podría haberlo resuelto en cuestión de segundos. Y quizá había sido la visión de esa Nicola cautivadora y desconocida lo que le había hecho cometer un drástico error al final.

Como era natural, ella se había enojado tanto como cuando era una cría y se negaba a comportarse como una señorita. Ni siquiera con once y doce años había hecho el menor esfuerzo por demostrar-

le el carácter dulce y sumiso que se esperaba en una futura esposa. Fergus nunca había tenido intención de complacer a su padre en aquel compromiso, pero ella tampoco había hecho nada para hacerle cambiar de opinión.

Pero, ¿habría acatado los deseos de su padre si hubiera sabido que Nicola acabaría floreciendo de aquella manera? ¿Habría deseado llevársela a la cama como ahora? ¿Habría ansiado librar combates de esgrima y pasión para intentar someterla y hacerle gritar de placer en vez de ira? Sólo Dios sabía cuánto la deseaba y cuánto le intrigaban las múltiples facetas de su personalidad. Pero tenía que demostrarle que ya no era el mismo bruto desconsiderado y aborrecible que había sido años atrás. Y más le valdría hacerlo en aquel momento y lugar, mientras aún tuviera la oportunidad, o ella acabaría haciendo algo desesperado en vez de aceptarlo.

Volvió a ponerse su chaleco de terciopelo y se sentó junto a la ventana, en cuyo alféizar yacía su sombrero. Sabía que George no tardaría mucho. Los dos tenían que mantener sus promesas a sus respectivos padres, y la de George era asegurarse de que su hermana encontrara un buen marido. Pero Fergus había pasado una larga temporada en alta mar, y luego había estado en Escocia, ocupándose de los asuntos de su familia. Sólo recientemente había podido regresar a Londres, donde estaban amarrados los barcos de su difunto padre. Habría sido muy

útil si el padre de Nicola hubiera estado allí para ayudarlo a convencerla, porque Nicola necesitaba un poco de persuasión en esos momentos.

El ruido de unos cascos en el patio anunció la llegada de alguien. Fergus se levantó de un salto y una sonrisa iluminó su rostro por primera vez aquella mañana.

—George —dijo cuando la puerta se abrió de golpe—. No… ahora eres lord Coldyngham, ¿no es así? Al fin nos encontramos, viejo amigo.

—¡Fergus! O mejor dicho… sir Fergus. Veo que estás en buena forma. ¿Ninguna herida?

Los dos se abrazaron y se dieron unas palmaditas en la espalda, examinándose el uno al otro como habían hecho desde que eran rivales amistosos.

—Sí, en el brazo izquierdo —dijo Fergus, tocándose la manga de terciopelo. A Nicola no le había gustado nada que se cambiase la espada de mano—. Intento ejercitarlo tanto como puedo. Se está recuperando bastante bien.

—Estupendo. Y parece que el mayordomo te dejó pasar, ¿eh? ¿Nicola no ha bajado aún? Es extraño. Ahora le gusta ser su propia dueña, ¿sabes? —fuera o no su intención, aquel comentario parecía contener una advertencia—. Lamenté enterarme de lo de tu padre —añadió rápidamente—. Murió en el mar, ¿no?

—Sí, en un ataque de los piratas, el pasado mes

de octubre. Mi madre te manda recuerdos. Y también nosotros te expresamos nuestras condolencias, George. Veo que tu padre le dejó esta casa a Nicola.

—¿Esta casa? —repitió George, paseando la mirada por el pequeño pero elegante salón con sus paredes de madera, un gran tapiz que colgaba en un extremo y dos grandes ventanales en un lateral. Sobre sus cabezas, las vigas de madera estaban pintadas de múltiples colores, y una mancha de sangre roja destacaba brillantemente en el suelo de baldosas. Fergus se apresuró a cubrirla con un pie. Al fondo de la sala había una gran mesa dispuesta con peltre, plata, madera pulida y un juego de cuchillos con empuñadura de hueso. Mientras los dos hablaban, entraron los criados con jarras de cerveza, pan, huevos revueltos, mantequilla, queso y jamón—. Sí. Mi padre se alojaba aquí cuando venía al Parlamento. Se la dejó en herencia a Nicola para su uso personal, en vez de cómo dote. Supongo que pensó que de esa manera podría darle la independencia que ella tanto quería. Pero no imaginábamos que Nicola se viniera a vivir aquí de manera permanente, como ha hecho. Oh, cuenta con un ejército de criados para atender todas sus necesidades —siguió al ver la expresión de sorpresa de Fergus—. Y vivir junto a un convento le confiere un aura de respetabilidad, desde luego. Pero… ya sabes la impresión que se suele tener de una joven que viva por su cuenta. Sobre todo con este estilo de vida.

Desvió la mirada hacia los platos que relucían en la brillante superficie.

—Nicola sabe cómo llevar una casa, desde luego, pero ni a Lotti ni a mí nos hace mucha gracia que le abra la puerta a todo el mundo, igual que hacía nuestro padre. Parece que no es consciente de los peligros, y no quiere ni oír hablar del matrimonio. Supongo que disfruta demasiado con su vida tal y como es.

Fergus carraspeó al volver a percibir un tono de advertencia en las palabras de George.

—¿Y Daniel y Ramond? —preguntó.

—Daniel se ocupa de la hacienda Wiltshire mientras yo estoy en Londres, y Ramond está estudiando derecho en Gray's Inn. Dentro de unos años será diplomático.

—¿Y Patrick?

—Ah… Patrick —George llevó a Fergus hacia la mesa y se sentó frente a él como si fuera un próspero comerciante londinense que se dispusiera a cerrar un trato. Lo cual no estaba muy lejos de la verdad.

George era el mayor de los Coldyngham, aunque sólo tenía un año más que Fergus. Se había convertido en un noble próspero y apreciado. Tenía una gran mansión y varios negocios en la ciudad, una esposa encantadora y dos hijos. George siempre había sido el orgullo de su padre. Un hombre honesto, responsable, respetado y tan atractivo como

Fergus. En más de una ocasión los habían tomado por hermanos durante sus estudios en Cambridge.

—El joven Patrick sigue en Oxford, pero sólo Dios sabe por qué. No creo que asista a más de una clase a la semana, y está gastando dinero a espuertas. No recibirá su herencia hasta que cumpla veintiuno, a finales de este año, y hasta entonces tengo que saldar todas sus deudas.

—¿Qué clase de deudas?

—Oh… está haciendo todas las cosas que hicimos nosotros —dijo George con una sonrisa—, pero no recuerdo haberle costado a mi padre tanto dinero como Patrick. Y en cuanto a Nicola… bueno, por ella estás aquí, ¿no? —sirvió la cerveza en dos jarras de madera y le pasó una a Fergus—. Tengo que decirte, Ferg, que no quiere recordar el acuerdo al que llegaron nuestros padres hace años, así que es hora de que tomemos una decisión. No logro entender lo que los llevó a establecer ese compromiso, pero debe de haber una razón. Riqueza, influencia, amistad… No lo sé. Pero no podemos esperar que ese acuerdo se respete a menos que vosotros dos así lo decidáis. Después de todo, no hay ninguna obligación legal —miró a su amigo sobre el borde de la jarra y tomó un largo trago—. ¿Qué me dices? —preguntó, limpiándose la boca antes de agarrar el plato de jamón—. ¿Te apetece un poco de esto? Pásame tu plato.

Fergus le tendió distraídamente el plato y vio

cómo George lo llenaba de lonchas antes de acordarse de que tenía que decirle que parase.

—¿Hay alguien más? —preguntó—. ¿Algún pretendiente?

—Oh, docenas de ellos —dijo George—. Llegan a primera hora de la mañana y no se van hasta que anochece. Nicola se libra de ellos a su manera… —se echó a reír—. Ya sabes cómo es.

Sí, Fergus recordaba muy bien las palizas que Nicola había propinado de niña a los otros chicos.

—¿Cómo?

George tomó un bocado y contestó con la boca llena, lo que no le habría estado permitido hacer en casa.

—Pruebas y retos. Si no los superan, a la calle. En eso no han cambiado mucho las cosas, Ferg.

Así que el combate de esgrima había sido una prueba… Fergus se estremeció al pensar que, aunque lo había superado con creces, podría haberle costado muy caro.

—¿Pero no hay nadie en especial? —insistió.

—Que yo sepa no. ¿Por qué lo preguntas? —George dejó de comer y miró fijamente a su amigo— ¿Estás interesado después de todo este tiempo?

—Se lo prometí a mi padre antes de que muriera

—Ferg —dijo George lentamente—, olvídate de las promesas por un momento. Con tu fortuna podrías conseguir a cualquier mujer. Este acuer-

do… o promesa, llámalo como quieras, se concertó cuando los dos erais unos críos, y aunque he hecho lo posible por intentar que Nicola se sometiera a la voluntad de nuestro padre, nunca ha dejado que otros decidan por ella. Seguro que recuerdas lo cabezota que ha sido siempre.

—No mucho, la verdad. He de confesar que apenas he tenido contacto con ella durante estos años.

—Cierto, cierto. Pues déjame decirte que ha crecido mucho. Y que ha causado impresión.

—¿Eso quiere decir que hay alguien más o no?

—No, nadie que importe.

—Entonces tengo una oportunidad. Y voy a aprovecharla, George. Tengo intención de cumplir el acuerdo. Fue la última voluntad de mi padre y le di mi palabra.

No habían estado frente a frente hasta hacía muy poco

Tal y como sospechaba, George no se dejó engañar y dejó el cuchillo en la mesa para inclinarse hacia delante.

—La has visto, ¿verdad? —le preguntó en voz baja—. Por eso muestras tanto interés.

La rígida expresión de Fergus fue respuesta suficiente.

Hubo un silencio lleno de tensión en el que George, comerciante nato, sopesó la situación como los pesos en una balanza.

—Supongo que sabrás que partes en desventa-

ja —dijo finalmente. Fergus se limitó a mirarlo y George sintió que era su deber recordárselo—. Has esperado demasiado, Ferg. Si hubieras venido a buscarla cuando tenía quince años, la habrías encontrado mucho más receptiva. Pero ahora…

—La han cortejado, ya lo sé. Pero tendrá que olvidarlos a todos, ¿no?

George se echó hacia atrás y respiró hondo.

—Creo que te olvidas de algo, amigo mío. Nicola no es una joven romántica que esté esperando a su caballero andante. Ni muchísimo menos. Es capaz de mantenerse fría e insensible hasta saber qué es exactamente lo que quiere. Y si tenemos en cuenta cómo te odiaba cuando nos separabas de ella cada vez que venías a casa, diría que tienes tantas probabilidades de conquistarla como de volar sin alas. Sé que es preciosa, Ferg, pero tendrás que hacer algo más que tirarle del pelo y esconder su conejito si quieres llevártela a la cama. Tiene muy buena memoria…

Fergus apretó la mandíbula, sin decir nada.

—¿Creías que todo era coser y cantar? —le preguntó George.

—No, ya sé que será muy difícil, pero debo intentarlo. La deseo de verdad, George. ¿Vas a ayudarme?

No confiaba en sí mismo para decir nada más, y por un momento temió que su viejo amigo fuera a negarle su ayuda.

—No quiero verla sufrir, Ferg —dijo George finalmente—. Es posible que de vez en cuando le guste adoptar un papel de chico, pero ello se debe a una razón que cada día pierde más peso. No significa que sea dura o insensible al dolor. No lo es. Es una mujer, con los deseos y necesidades propios de una mujer, y no se dejará conquistar fácilmente. La decisión será suya, te lo aseguro.

—Te creo.

—¿Y aun así crees que tienes posibilidad?

—Como ya he dicho, tengo que intentarlo. Ya sabes cómo soy, George.

George, lord Coldyngham, volvió a inclinarse hacia delante y colocó las palmas sobre la mesa.

—Sí, te conozco muy bien, Ferg. Tus tácticas pueden haberte funcionado con las chicas escocesas o incluso con las fulanas de Cambridge, pero no te servirán con Nicola. Es diferente.

—La deseo, George —insistió Fergus—. Tengo que encontrar la manera de llegar hasta ella, y creo que al final acabará cediendo.

Sabía que era diferente. Una criatura extraordinaria en todos los aspectos. La imagen de su cuerpo en la cama, herida y medio desnuda, lo acompañaría para siempre. No se atrevía a pensar en lo que podría haber pasado si las doncellas no hubieran entrado en aquel momento.

—¿Habéis hablado? —le preguntó George.

—Brevemente.

—¿Te sigue teniendo miedo?

—Aunque así fuera, jamás lo admitiría. Aún me sigue odiando, sí, pero no puedo culparla por ello. Le di razones de sobra para hacerlo.

—En ese caso, te espera una ardua labor. Pero puedes contar con mi ayuda.

—Te lo agradezco. Es lo máximo que puedo esperar después de todo este tiempo. El resto depende de mí.

—Mm… no, Ferg. El resto depende de Nicola.

Fergus puso una mueca de disgusto y asintió.

—Sí, tienes razón. Pero no temas, George, acabaré conquistándola aunque me cueste una eternidad.

George se echó hacia atrás y vio cómo su amigo llenaba las jarras de cerveza. Fergus tenía una expresión divertida, pero sin perder la adusta determinación que lo había caracterizado desde niño. Siempre había conseguido todo lo que se proponía, pero George no estaba tan seguro de que pudiera conquistar a Nicola. Su hermana era un hueso muy duro de roer.

Los pensamientos de Fergus seguían la misma línea, pero también se le pasó por la cabeza que tendría que pagar muy cara la herida que le había infligido en su hermoso pecho una hora antes.

Dos

Las campanas del vecino convento de St. Helen ahogaban los acelerados latidos de Nicola mientras sus dos jóvenes doncellas se esmeraban en curarle la herida. La gruesa puerta de roble había sido cerrada con llave desde que su inoportuno visitante se hubiera marchado. Era un gesto de desafío más que una necesidad real, ya que ninguna de las tres esperaba que volviese. Pero los candados y cerrojos que encerraban el corazón de Nicola podrían decir otra cosa.

Durante muchos años, la idea de casarse con un miembro de la familia Melrose le había parecido demasiado utópica para creérsela, sobre todo cuando su padre se ausentaba durante largas temporadas y la dejaba a cargo de los criados y de sus hermanos mayores. Finalmente la había mandado con una familia noble de York para que aprendiera los modales que se le exigían a toda joven con aspiraciones matrimoniales.

Las aspiraciones de Nicola, sin embargo, pasaban por evitar un matrimonio a toda costa… el matrimonio con Fergus Melrose que su padre había concertado. Tras la muerte de su padre, acaecida catorce meses atrás, Nicola había creído que la enorme fortuna heredada y la casa de Londres le permitirían ser dueña de su propia vida.

Despojada del atuendo masculino y sentada medio desnuda en la cama, apretó los dientes mientras la doncella le aplicaba su ungüento especial.

—¡Maldito grosero! —siseó—. Sigue tan pagado de sí mismo como siempre. Si hubiera llevado mi daga conmigo le habría arrancado esa estúpida sonrisa de su rostro… ¡Ay! —exclamó, agarrando la mano de Rosemary—. Déjalo ya.

—¿Entonces no te fijaste en su portentoso físico? —le preguntó Lavender, enjuagando un trapo manchado de rojo en un cuenco con agua perfumada—. A cualquier doncella le encantaría encontrárselo a solas, milady. En York no se veían hombres así…

—Ni tampoco en Londres —añadió Rosemary.

—La belleza no sólo está en el exterior —dijo Nicola, quitándose la camisa de lino y ahogando un gemido al rozarse la piel del pecho—. Ningún hombre de York me habría hecho esto y luego se habría marchado —omitió deliberadamente lo que había sucedido entremedias, pues la avergonzaba demasiado recordarlo.

Pero no podía borrar de su mente la imagen de sus ojos y la oleada de excitación que la había invadido ante su descarado escrutinio. Y ese momento casi imperceptible en que lo había visto reprimiéndose para no tocarla, abriendo los ojos como platos para examinar algo más que su herida y entreabriendo los labios para hablarle con una voz profunda y aterciopelada.

Lenta y cuidadosamente guardó la camisa, y luego permaneció tan callada y quieta que Rosemary la observó con preocupación, en busca de lágrimas. No estaba llorando, pero en respuesta a sus amables atenciones, Nicola mantuvo las manos presionadas contra el pecho y frunció el ceño.

—Lo hizo a propósito —susurró—. Su intención era hacerme daño, como siempre. Parece que nada ha cambiado… salvo que ahora es mucho más grande y fuerte.

Lavender y Rosemary se sentaron en el borde de la gran cama con dosel para ofrecerle consejo a su ama. Llevaban diez años sirviendo a Nicola, desde que tenían quince y dieciocho años respectivamente, y la trataban con una familiaridad poco usual.

—Han cambiado muchas cosas —dijo Lavender, mirando las manos de Nicola con sus grandes ojos azules—. Ya no eres la cría sucia y despeinada que eras la última vez que te vio, hace once… doce años

—agarró el espejo de mano y se lo tendió a Nicola—. Mírate bien. Eres una mujer como la que él no ha visto en sus… ¿treinta años?

Fergus tenía veintinueve años, pero los números nunca habían sido el fuerte de Lavender.

Nicola puso una mueca y apartó el espejo.

—Oh, no estáis siendo imparciales. Pero no importa. Si mi hermano lo ha invitado para retomar esa locura del matrimonio, se va a llevar una gran decepción. Sabe muy bien lo que pienso al respecto. No hubo ningún compromiso formal, por lo que no estoy obligada a aceptarlo de ninguna manera. Y jamás lo aceptaré, ni por el bien de su padre ni por el mío.

—Tienes que demostrarle cuánto has cambiado, aunque él siga siendo el mismo —dijo Rosemary, alisándose su delantal blanco sobre los muslos. En el fondo, dudaba que sir Fergus hubiera sido tan atractivo con dieciséis años, pero no había modo de saberlo—. Has adquirido unos modales impecables, y sabes cómo responder a un hombre si no te complace. Seguro que captará el mensaje si bajas a verlo con tu mejor vestido. Tal vez fuera esta ropa de hombre lo que hizo que se comportara de esa manera. ¿Qué dices? ¿El vestido de satén gris? ¿El rojo? ¿El de seda verde con cintas?

—El verde no. Es el color de la esperanza. Creo que prefiero el rojo.

Lavender y Rosemary intercambiaron una mirada de inquietud. El rojo podía ser apropiado, pero no era precisamente el color del compromiso.

—El rojo, entonces —dijo Lavender.

—Y que gane el mejor —murmuró Rosemary para sí misma.

Tal y como Nicola y sus dos doncellas habían pretendido, los preparativos de la última hora interrumpieron la conversación de los dos hombres en mitad de una frase. El rostro de Fergus delató su asombro por un instante fugaz, antes de volver a cubrirse con su máscara inescrutable.

La trenza estaba escondida bajo una elaborada confección de velos que parecían revolotear como una gigantesca mariposa alrededor de la cabeza de Nicola. Las ropas masculinas habían sido reemplazadas por un vestido rojo adamascado con mangas amplísimas que barrían el suelo a su paso. Una amplia faja de terciopelo bajo los pechos revelaba el contorno de su exquisito cuerpo, y un collar de diamantes y rubíes cubría lo que tenía que ocultar en el busto. Por segunda vez, Nicola sintió cómo Fergus Melrose la miraba sin su desdén habitual.

Le sonrió a George y extendió los brazos para recibirlo.

—Cuánto me alegro de volver a verte… —dijo—. ¿Cómo están Lotti y los chicos? —se arqueó elegantemente y levantó el rostro para que su hermano la besara. Le tocó el brazo cubierto de brocado morado y miró su elegante atuendo con una expresión aprobatoria—. Qué bonito… ¿Es nuevo?

A George no se le pasó por alto el desaire de Nicola a su invitado e intentó no reprocharla con severidad.

—Nick, ya sabes por qué ha venido sir Fergus. Creo que os habéis visto esta mañana…

Ella aún no había saludado a Fergus, y no pensaba hacerlo.

—Oh, ya sé de qué va todo esto, mi querido George —dijo—. Pero deberías haberme avisado… Podría haber estado fuera —dejó que los dos hombres interpretaran a su antojo la frase deliberadamente ambigua—. No tengo la menor intención de discutir los planes de mi boda delante de desconocidos. Lamento que haya hecho el viaje en balde, sir Fergus, pero quizá le apetezca tomar una copa de malvasía y contarnos sus aventuras. Londres debe de resultarle muy aburrida, sin duda.

—Nicola —dijo George con firmeza—, sir Fergus no es ningún desconocido y creo que se merece tu respeto, ahora que se ha tomado la molestia de aparecer. ¿No podemos tratar esto como personas adultas?

Hasta ese momento Nicola había evitado mirar a Fergus, aunque podría haber descrito al detalle su atuendo a la última moda, desde el sombrero con plumas de pavo real hasta las botas decoradas con pasadores, la daga con hojas incrustadas y la bolsa borlada al cinto. La seguía inquietando igual que siempre, y aunque se había pasado la última hora ensayando lo que diría, de repente sentía que le faltaba el aire.

Pero era evidente que había conseguido provocarlo, a juzgar por su ceño fruncido.

—Permíteme responder a eso —dijo él, ignorando la expresión de aburrida resignación de Nicola—. Tienes todo el derecho a sentirse ofendida por mi prolongada ausencia, milady, pero las razones son muy simples. Mi vida no ha sido exactamente de mi agrado durante estos últimos años. Hasta hace poco estaba en el mar con mi padre, alejándome de todo el mundo, y desde mi regreso he estado ocupándome de los asuntos de mi familia. Tú tampoco has estado todo este tiempo en Londres, según tengo entendido, y antes pasaste varios años en York. No eran las circunstancias más apropiadas para cumplir la voluntad de nuestros padres, ¿no crees? Nadie se lamenta más que yo de no haber podido visitar a mis amigos en tanto tiempo, te lo aseguro.

—No me siento en absoluto ofendida por su larga ausencia, sir Fergus. Y ojalá se hubiera pro-